

COSAS DE OTRO TIEMPO

Con estos Figueras no "se" puede!

Canovas del Castillo.

Los rumores que circularon estos días relativos a que el Gobierno había acordado prohibir el vocameinto de los títulos de los periódicos y no permitir tampoco la venta por las calles, sino en los quioscos, truen a mi memoria el recuerdo de un suceso original desarrollado el año 1886 en la Puerta del Sol.

Canovas del Castillo, que a la sazón era presidente del Consejo de ministros y que estaba en el apogeo de su soberbia, dió una orden para que los vendedores de periódicos no pudiesen acompañar al título de los periódicos el grito de "Con el crimen de esta tarde!". "Con la caída del Ministerio!". "Con el escándalo en las Cortes!", etc.

Los chicos que se ganaban el pan corriendo de acá para allá y de aquí para allá y metiendo el periódico por todas partes, limitáronse, en cumplimiento de la orden aludida, a vocar a secas el título de los diarios.

—La Correspondencia!

—El Resumen!

No satisfecho el autor del manifiesto de Manzanares con su iniciativa dictatorial, que debió parecerle demasiado suave, pues a venta de los periódicos seguía normal y tranquila y sin ocasionar ningún perjuicio a las Empresas, dió otro ukase más atrevido, más reaccionario, más bochornoso para la libertad...

Aquel gran hombre, a quien todos reconocemos ahora sus talentos de estadista singular, de político privilegiado, de pensador insignie, creía que para continuar la historia de España, como él dijo que haría lo mejor era amordazar la Prensa y matarla paulatinamente.

El ukase que me refiero consistió en prohibir el abastecimiento de los vendedores de periódicos vocar el título de éstos.

Como era lógico, las protestas en las Redacciones fueron unánimes: se ponía el grito en el cielo; pero, entre la disyuntiva de quedarse en casa con el papel tirado o lanzar a la vía pública aunque fuese en el radical silencio a que la tiranía les obligaba, adoptaron los directores la resolución de someterse a la orden del ilustre bizo.

Y salieron a calle los periódicos de la noche, y los días de la venta, convertidos en mudos sordos, con las manos bajo el brazo y la cabeza en la cara y sus instintos de hombres libres en visperas de explosión, fuch llegando a la plaza central de Madrid y como cordellitos—hey son ya leones—formaron una especie de redil alrededor de la suprimida amplia fuente insólita, como recordaban todos, en el centro de la Puerta del Sol y frente por frente al ministerio del reloj de la bola.

Algunos transaron se acercaban al compacto grupo de silenciosos vendedores y compraban a ejemplo cualquiera: La Correspondencia, que entonces dirigía su fundador, el marqués de Santa Ana; El Día, que proleptó en el marqués del Risco; El Correo, del gran Ferreras; muchos muchos periódicos y autor de la cosa misma "Digo lo que quieren los "monstruos"..."

Dieron las siete, y las ocho, y las ocho y media, y todo seguía así.

Pero he aquí que pecan de la calle Mayor una especie de retrón místico, que al penetrar silenciosa y posesionadamente en la Puerta del Sol, se acogida con una tempestad de aplausos que se leía:

Eran unos cuantos hombres, diez, quince o veinte—, los cuales, vestidos abultados paqueles de un período bajo el brazo izquierdo y en la mandecorcha sendos y altos faroles iluminados que se leía:

EL RESUMEN

5 céntimos

La salva de aplausos que, como he recibido la presencia de la comita de vendedores del que fue populismo diario llamó la atención de los guías y agentes de la autoridad que captaba el famoso coronel Oliver.

Hubo cargas, carreras, cierre de puertas, sustos de mujeres; todas esas cosas que entonces eran, como ahora y no siempre serán, el alito de los alboros.

Los guardias de Orden público—así denominaban a la sazón a los ahora llamados de Seguridad—se intaron de los faroles, apalearon a los que llevaban, les arrebataron los faroles... y armaron tal follón, que hasta el ministro de la Gobernación, que era Silvela entonces, se asomó a uno de los balcones de la antigua Casa de Reyes para enterarse de lo que ocurría.

El Resumen, recién fundado por don Domínguez Bernabé Dávila, el Montilla, Bernabé Reina y otros amigos y correligionarios de ellos, era dirigido por Augusto Suárez de Figueroa, uno de los mejores maestros de periodistas que ha habido en España, y tratado, entre otros que ahora no recuerdo, por Adolfo, el hermano del director, Gutiérrez Abascal, el famoso cronista salomón que ocultaba su nombre bajo el pseudónimo de Kasabai; Joaquín Or, Un clérigo de esta corte, Camilo P. Segovia Rocaberti, El algaracil Valera, Rivas, hermano del barón de los públicos D. Aureliano, Linares Rivas, abogado que fué al cura "García", asesino al obispo de Madrid Sr. Querido; Pepe Laserna y algunos aprendices, entre los cuales figuró Adolfo González Rodríguez, el que fué conocido por Juanito Pedal; Domingo Blanco, Justo Martínez Zamora, que estas líneas escribe.

Augusto y Adolfo Figueroa, indadores del anuncio farolístico, y los dadores del periódico, que habían precedido el escándalo de la Puerta del Sol, se fueron en son de protesta al despa del ministro.

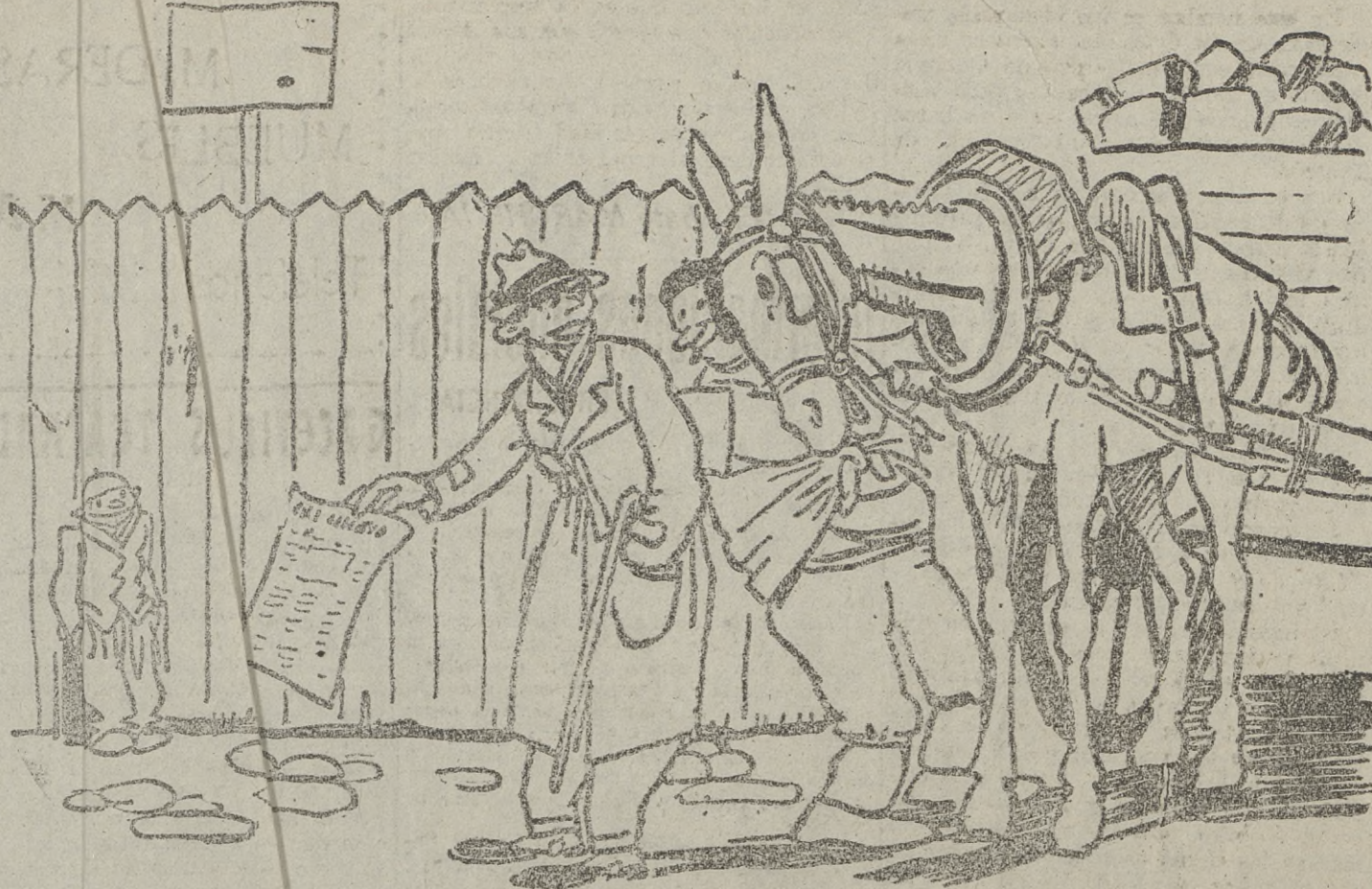
—¡Esto es intolerable! No hemos fringido la orden del Gobierno! ¡No ha vocado el periódico!—le dijeron Silvela.

Después de un vivísimo diálogo el nistro se puso al habla con el presidente del Consejo, y al conocer Canovas del Castillo los pormenores del suceso, dió la orden contra el vocameinto de los periódicos, agregando:

—Con estos Figueras no se puede!

C. José DE ARPE

OTRA COLOCACION "BIEN."



LA MULA—Joven squirol, prepárese para sustituirme porque será fácil que yo también me declare en huelga.

CONTRASTES

"LOCKOUTADOS"

Según dice toda la Prensa, desde ayer comenzarán a sentirse en Madrid los efectos del "lock-out" del ramo de construcción.

¿Desde ayer? Pero es que hay en esta tierra de toros sin pan alguien que se ocupa de construir nada desde hace ya mucho tiempo?

La noticia nos ha asombrado, y el "lock-out" se nos antoja una estigenda vedundancia.

Sin que los patronos se toquen la molestia de prohibir o de impedir que se construya, los españoles todos nos damos muy buena cuenta en no construir absolutamente nada.

Ni siquiera dormitamos, que en un amplio sentido social es construir; por lo menos preparar el terreno para hacerlo. Mirase por el lado político, y se verá que no faltamos a la verdad. Nuestros más ilustres constructores se pasan las horas y los días echando a la artesa de amasar una de cal y otra de arena; pero no pasan de ahí. Y no pasan de ahí casualmente cuando en el mundo entero, después del derrumbamiento comunista o ha sido la guerra europea, todos los países del mundo se dedican a levantar de nuevo, como dice nuestro Venerable, el palacio del porvenir. En política esto se llama repulaciones masas, y si a algo se llega, es a poner la primera piedra para construir una crisis.

¡No sé si el Sr. Figueras no consigue nunca el muro de vallas. La siguiente es nuestra. Nuestros hombres constructivos se trancan en picota.

"Lock-out" del ramo de construcción? Suena porque el pleito toca muy de cerca a muchos de obreros, sería cosa de darlo a risa y de decir que eso tanto hace mucho tiempo que se manifiesta.

Yo, señores patronos, si ya hasta por decir hacer no se atreven de edificar en los terrenos?

¿No dijisteis de estos gabinetes políticos que dura que son edificantes?

Creo, pues, un dilato ese "lock-out", una curules obra, aunque nos conste que en acuerdo que se ha hecho público.

no ha faltado ni un solo momento la argamasa, el cemento armado y el casoto.

Bien establecidos ya con la falta de viviendas, con los precios fabulosos que se pagan por los alquileres, con el eterno descanso, en fin, de todos nuestros constructores y reconstituidores, y a la verdad ese "lock-out", racional, que para impedir que se trabaje y se edifique, se nos antoja declarado y preparado para servir de sacramento de nuestras castillas.

Alejandro BER

LOS POETAS
SONETOS

Dejad, señora, que me pese un día esta plaza maldita de balconero, que me obligo a dejar lo que no quiero y me obliga a dejar lo que quiero.

No fue tirana y cruel desdicha el porte alivo de mi rostro austero: es mi señor el Principio el primero, y antes que vos está la cacería.

Al perderme fugas en la espesura, ya bien comprendí vuestra amargura cuando me saludabais con las manos.

Y, en cambio, vos no habíais compadecido la agonía de un ciervo mal herido que no pudo seguir a sus hermanos...

Amor, ¿por dónde vas que la mirada no grande en su prisión en sustituta? Amor, ya no adriro tu pureza, y sé que estás en mi visión alada.

que hiriéme un ala tura de pasada y aún siento el malestar de su crueldad. ¡Desde entonces sorprendes mi torpeza y tienes a mi alma asombrada!

¡Ay!, al que con las dudas se entretiene, otra duda mejor no le dego. Ahora mismo mi pluma se doblene: oigo un batir de alas, y me elego. Amor, porque te miro y no te veo.

Si te escondes así, dime: ¿no juegas?

Joaquín MONTANER

EL DOCTOR RUIGOMEZ, EN PALACIO

Ha sido recibido en audiencia por el Rey el joven médico millar D. Manuel Ruigómez, que el pasado verano, durante la acción militar de Ronda, comendador y condecorado, al extremo de comendador a España más de doscientas bajas, realizó una acción humanitaria tan arriesgada, que está en transición el juicio contradictorio para otorgarle la cruz laureada.

Don Alfonso felicitó al joven médico, y le interrogó sobre su familia, que ya conocía, interesándose también por el es el desarrollo de la vida de los médicos militares en África, en constante trabajo y en perpetuo riesgo y privaciones.

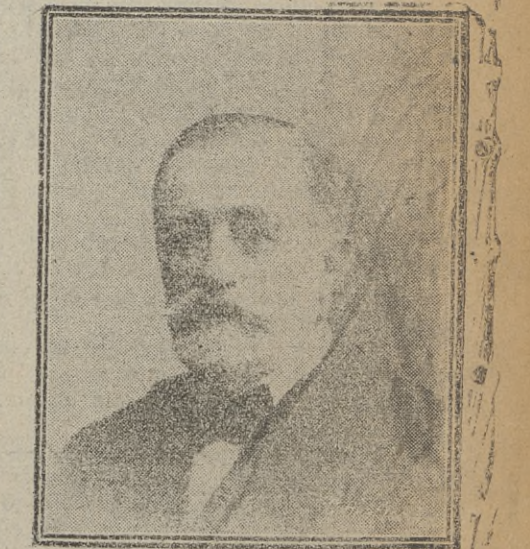
Diálogo con el largo rato, desarrollándose al cabo en expresivas muestras de simpatía.

La visita al rey desceñó seguramente la concesión de la alta distinción, a que se ha hecho acreedor el doctor Ruigómez, y de la que, no obstante los meses pasados, aún no ha dado las noticias que fuera menester la hora, abrumadora infortunada militar.

El nuevo ministro de Abastecimientos

Don Francisco Terán y Morales, nombrado para desempeñar la cartera de Abastecimientos, nació en Jerez de la Frontera el año 1862. A los quince años ingresó en la Escuela de Caminos, terminando su carrera a los veintidós, siempre con el núm. 1 de su promoción.

Fue destinado a Huelva como ingeniero subalterno de Obras públicas, y allí estuvo



D. Francisco Terán.

varios años. Se le destinó después a Ciudad Real, donde se hizo cargo, sin tener experiencia, de la Jefatura de la división de trabajos del Guadiana, que desempeñó tres años.

Nuevamente, y siendo director de Obras públicas D. Manuel Burgos, fué trasladado a Huelva, donde ocupó la Jefatura de Obras públicas, publicando en aquella época trabajos de verdadera importancia, como la construcción del ferrocarril de la Barra y el muelle del Estinto, que se utilizó para las fiestas del centenario de Colón.

Paso luego a la Jefatura de la división de ferrocarriles de Sevilla y Jerez, el año 1909, fué destinado a la provincia de Madrid, cargo que desempeñó hasta que, por su ascenso a inspector del Cuerpo al año 1917, quedó excedente.

Actualmente presta sus servicios en la Compañía de Madrid a Zamora y a Alicante.

Ya en otra ocasión le había sido ofrecido



Primera sesión, celebrada anoche en la Academia de Jurisprudencia por los abogados del Colegio de Madrid, para discutir la reforma de los estatutos, bajo la presidencia del decano de dicho Colegio, Sr. García Prieto. (Fotografía Alfonso.)

INAUGURACION DE UN COMEDOR INFANTIL



La marquesa de Torreclay y la señora de Tolosa Latour, residentes en la Casa de Higiene Infantil para los niños pobres, cuyos antecedentes son tuberculosos. (Fotografía Alfonso.)

Ayer mañana, y en la Casa de Higiene Infantil, se inauguró el comedor infantil con el fin de proporcionar alimento a los niños.

Se tomaron a la mesa 24 chicos, visiblemente enfermos por la falta de nutrición, siendo servida por las camareras honradas, señoritas de Tolosa Latour y Héctor, una comida sana y abundante.

Asistieron al acto la presidenta, doña Mercedes Sánchez de Tolosa Latour, la marquesa de Torreclay y las señoras de Inés Sanjurjo, Argandoña, Verdes Argandoña, Troncoso, López de Pereda, Santa Inés, la Croso y Martínez Peito.

Seguidamente, la señora de Tolosa Latour, alma de esta institución, fué casado, con su habitual bondad y amabilidad la dependencias y funcionamiento de esta Casa de Higiene, que coopera de una manera eficaz a la regeneración de la raza española, estando vidos a la terrible enfermedad de la tuberculosis.

Realmente es digna de toda alabanza la humanitaria labor que realiza el Comité Femenino de Higiene Infantil, que hace frente a sus gastos con donativos de personas pacíficas.

Bien merece la pena que el Estado preste su ayuda material y moral a esta institución, que se propone extender sus nobles propósitos creando comedores infantiles en todos los distritos de Madrid.

El acto resultó tan sencillo como benéfico.

IDEARIO

EL ENTUSIASMO

Porque ser que uno de los motivos principales que alienta la clase patronal de Obediencia para la adopción de esos métodos extremos que tienen atardecidos a las gentes es el indiferentismo del trabajo por la falta que le está encomendada.

Los técnicos pueden opinar lo que quieran sobre la consecuencia o no consecuencia de la participación del obrero en los beneficios y hacer la fórmula que mejor les interese de cada día.

A mi me parece que la cuestión en su aspecto técnico...

Nada es más fundamentalmente obvio. El poderío obrero que se manifiesta como un poder en el mundo es de este siglo. El poderío obrero fué la invención del siglo XIX, y hoy es la invención del siglo XX.

No se puede ser un nos venga con el mundo de la honrada clase ni el de la clase obrera del siglo XX. Demos de una vez esos valores viejos y plantemos a la vez los nuevos.

Para intensificar la producción hace falta, no ya que el obrero tenga interés en la labor que realiza, sino que sea un agente indispensable para la obra.

La obra más hermosa requiere—como requiere toda obra de perfección—el entusiasmo del trabajador.

Así estaba hace siglos. Ubi, ubi, ubi, que pasa Diego Ruiz a uno de sus libros más emocionantes. Era así: "El entusiasmo como principio de toda moral futura".

La obra más hermosa requiere—como requiere toda obra de perfección—el entusiasmo del trabajador.

La obra más hermosa requiere—como requiere toda obra de perfección—el entusiasmo del trabajador.

La obra más hermosa requiere—como requiere toda obra de perfección—el entusiasmo del trabajador.

La obra más hermosa requiere—como requiere toda obra de perfección—el entusiasmo del trabajador.

La obra más hermosa requiere—como requiere toda obra de perfección—el entusiasmo del trabajador.

La obra más hermosa requiere—como requiere toda obra de perfección—el entusiasmo del trabajador.

La obra más hermosa requiere—como requiere toda obra de perfección—el entusiasmo del trabajador.

La obra más hermosa requiere—como requiere toda obra de perfección—el entusiasmo del trabajador.

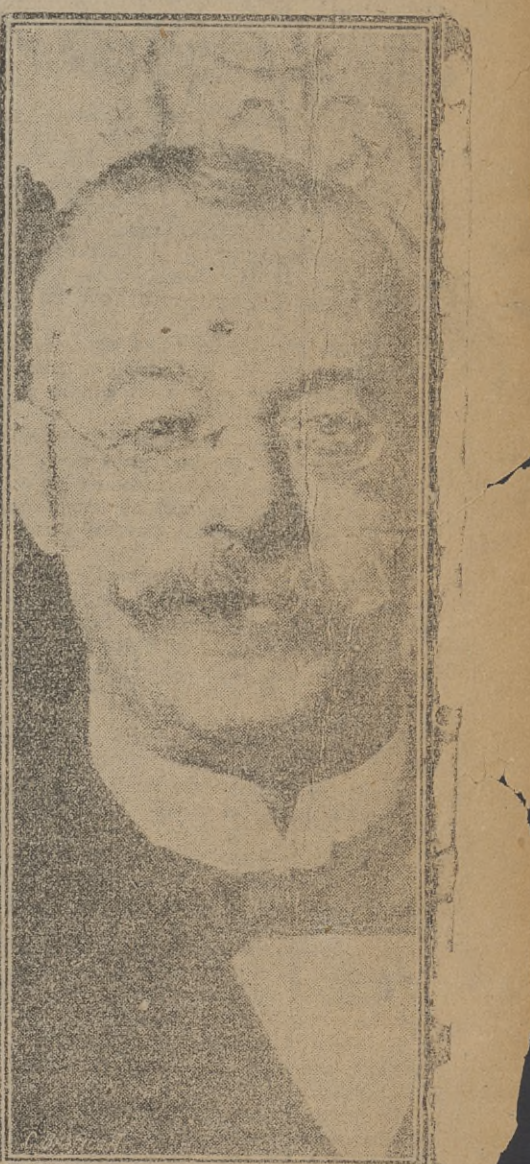
La obra más hermosa requiere—como requiere toda obra de perfección—el entusiasmo del trabajador.

La obra más hermosa requiere—como requiere toda obra de perfección—el entusiasmo del trabajador.

La obra más hermosa requiere—como requiere toda obra de perfección—el entusiasmo del trabajador.

la Dirección general de Obras públicas, que no acepta fácilmente en que no sea política.

Recientemente, con motivo del Congreso de Ingeniería, y como presidente que ha sido de él, recibí unánimes elogios por su acertada dirección, así como por el notable discurso que pronunció en dicha asamblea.



Odón de Buen, catedrático de la Universidad Central, que dió anoche una conferencia en la Real Sociedad Geográfica.

...
...
A

LOS CUENTISTAS

La piel de naranja.

Atacaba de doctorarme, y la clientela se formaba poco a poco, por lo cual disponía de muchas horas para curar a los enfermos. En una de ellas conocí a Juan Mercedith. Químico de primer orden, no era médico, sino únicamente asistente a la Medicina. Aquel muchacho me encantó por su espíritu despejado, e íntimamente en unas semanas, como sucede a los químicos, entré en confianza con él. Llevó a Mercedith a casa de mis primos Carter, donde creía yo haber encontrado mi "media naranja", como dicen los españoles, en la pobre Ana, que ingresó en un convento antes de estar yo muy seguro de la naturaleza de mis sentimientos. Mercedith, por su lado, me presentó en casa de lord Babington, tutor y tío de lady Marcela, con quien yo tenía una gran amistad. Se me dio un billete de visita para ir a verlo, en una casa, rodeada de lindas y de graciosas, en un amplio parque a poca distancia de la estación de Villa Abrey, y todos los domingos, alrededor de las once y media, llegábamos Mercedith y yo, cuando la señora Babington, que era francesa y católica, volvía de ir a misa, que se celebraba en la capilla de la casa de lord Babington, llena de obras de arte, que evidenciaban las católicas de provincia. Pasábamos el día en la terraza, rodeada de flores a naranjas, charlando con el viejo lord o escuchando tocar el piano a lady Marcela, ocupación que alegraba nuestros oídos; o si no, paseábamos por los campos, cogiendo margaritas o lilas tempranas. Generalmente, lord William se agarraba a mi brazo, y dejábamos a Mercedith costurero en el taller de lord Marcela. Se adelantaban con paso ligero, reuniéndose con nosotros a la vuelta, cargados de ramos y de flores. Y, cosa rara, la tía y el sobrino no parecían entenderse más que para los paseos y durante ellos, pues en casa o en la calle se mantenían en una cortés un poco agresiva que es frecuente entre la mujer joven de un tío y el sobrino que ha de heredar de ese tío. Mercedith, a quien hice observar el contraste de las dos actitudes que notaba entre ellos, me contestó con una franqueza llena de buen humor: —Mi querido amigo, como usted dice muy bien, no quiero a mi tía. Su presencia al lado de mi tío me irrita y me importa. Lady Marcela odia cordialmente a su sobrino: mis visitas a su marido la molestan. Pero cuando salimos al campo no somos más que dos camaradas a quienes agrada el paseo, los árboles hermosos, la brisa fresca, el aire puro de las alturas y las flores silvestres. Lady Marcela tiene veintidós años y un espíritu inquieto. Yo la llevo muy pocos años y dicen que no soy tonto. Es una palabra, que no persuada más que en divertidos, en gozar de la vida durante nuestro paseo. Pero, eso sí, de adoptar otra vez nuestras actitudes de hostilidad cortés al regresar a casa. Le replicó que yo no acertaba a comprender por qué la amiga en el campo no podía serlo en casa, y que su psicología me parecía muy sutil. —No le he dicho, amigo, me respondió, he dicho camarada, lo cual es muy distinto. No hay amistad posible entre la mujer de mi tío y yo, la camaradería a nada compromete. Cuando me dedico a estudiar mi yo de entonces, pienso que quizá en el fondo estaba yo bastante enamorado de lady Marcela para encontrar admirable que Mercedith la considerase tan fríamente. Este sentimiento, del que no me daba yo cuenta, era quizá lo que me detenía en mis anteriores pensamientos sobre Ana. En una de las tardes de un día de tres meses que frecuentaba la morada hospitalaria de lord William, y era el 14 de Junio del año 188... —almorzábamos los cuatro en el comedorcito Renacimiento. Estábamos en los postres, y lady Marcela me servía los vinos, según la moda inglesa. De ordinario, seguía en la mesa, procurando impedir que lord William, que era algo descomulgado, bebiese demasiado sherry o demasiado Cordon. Pero aquel día me pareció sumida en una profunda distracción. Como yo siempre he sido muy poco bebedor, dejé a los dos ingleses que se despachasen a su gusto y me dediqué a observar a mi vecina. Juguetaba con la piel de la naranja que acababa de saborear gajo por gajo. Primero, con el cuchillo de la fruta la corté en largas tiras, después subdividí cada una en pequeños rombos, y por último reuní los pequeños rombos en un montoncito en medio de su plato. Y entonces, como interesándose de pronto en la conversación de su marido, interrumpió con dos o tres breves observaciones el relato que él hacía de un viaje por los mares de China. Luego, cogió otra vez su cuchillo, le alzó un momento sobre su plato y se entregó a la ejecución de un dibujo de adorno complicadísimo, colocando los pequeños rombos alrededor y en el fondo del plato. Hecho lo cual, me dirigí algunas preguntas banales sobre la comedia de moda, como desinteresándose de su trabajo de arabesco, levantó el cuchillo sobre su plato con aire indiferente, y con un leve gesto decidido empujó otra vez los rombos al centro del plato. Y la mancha del cuchillo comenzó de nuevo, y ahora élise dos rombos tan sólo. Durante un instante, el cuchillo descansó sobre el plato encima de los dos, para tomar, por segunda vez, la posición vertical. Y entonces, bruscamente, lady Marcela desató los pedazos de piel de la naranja y los dejó a amontonar. El juego había concluido. Autorizado por un gesto de la dama, encendí un cigarro. Había duda: el juego de la piel de la naranja era un sistema organizado de correspondencia y esta correspondencia no podía darse sino a Mercedith. Pero, ¿con qué objeto, puesto que en el campo tenían ocasión de hablarse sin miedo a los indiscretos? Era una hombrada de humo de mi cigarro, y decidí a lanzar un vistazo sobre lady Marcela. Su mirada dominante no se apartaba de Mercedith como si esperase una respuesta. —Sherry de usted es excelente, tío; pero yo ando como yo, no debe abusar. Quisiera que llegásemos hoy lo más cerca posible de Vancuver. ¿Qué dicen a esto sus piernas? —Dijo hijo mío, que tienen necesidad del brazo de un amigo, el doctor. —A SESPUESTO, lord William. —Bueno, pues en ese caso, preparámonos a salir. Lady, procura no tardar más de una hora en tu toilette—añadió lord William con tono pícaro. Y partió como de costumbre. Pero noté que la tía y el sobrino, no bien tomaron la delantera, dieron un vivo altercado, durante el cual, lady Marcela multiplicaba sus gestos imperceptibles, en tanto que Mercedith parecía replicar con negativas. Después de un paso de tres horas regresamos lord William y yo a Villa Abrey, pero no nos vimos Mercedith y lady Babington. Se habrían encontrado seguramente bebiendo un refresco, algún truchuelo campesino, y sin preocuparse por aquellos cardinales intrépidos, lord William, que cuidaba sus achaques de viejo, cogiendo unos procedimientos especiales, se hizo servir un bitter. Sorris las seis y media cuando una especie de carromato se detuvo frente a la terraza. Lady Marcela salió de él con una hierba de gajaro.

—Venga usted en seguida—me gritó—a socorrer al pobre Mercedith, que se ha tocado un pie. ¡Llévese cuenta de que ha perdido el tren de medianoche! Son estas cosas que nos ocurren a nosotros, en que buscamos un medio de transportar a Mercedith a su casa. Voy a preparar su habitación, porque compartirá usted la de Mercedith, doctor, ya que la más bella lady de Inglaterra, no podría ofrecer más que la suya propia. Y lady Marcela se precipitó hacia la escalera. Con ayuda de los criados, llevé a Mercedith al diván oriental, cerca del piano. Se negó a ir más lejos, diciendo que ya era bastante sufrir sin aburrirse. Le subí cuando fuese hora de acostarse, pero deseaba, ya que no podía, por lo menos asistir a la comida. Lo único que me permitió fue que le reconociese el pie. Lo tenía quizá un poco hinchado por una caminata excesiva, pero no nada alarmante, nada que requiriese alarmante la causa de los dolores de que se quejaba. Se le puso un torcedor—añadió—. Si acaso un intenso calamburo. ¡Se han vuelto damiselas los estudiantes de Eton, cuando se ponen a dieta por tan poca cosa? Va usted a comer, Mercedith, y, como deseo, con buen apetito. Lady Marcela reapareció en el salón apenas convení a Mercedith de que susituyera sus botas finas por unas zapatillas gruesas. Parecía muy alegre, aunque en su presencia se preocupaba muy poco de Mercedith. Terminada la cena, durante la cual lord William no dejó de matar truco champagne para brindar por la curación de su sobrino, el rival de lord Elgin se durmió en su sillón, mientras lady Marcela, sentada al piano, ejecutaba polcas y berceus de Chopin, su maestro favorito. Mercedith fumaba en silencio. Acostado en el diván, volvía yo las hojas, cambiando una palabra de vez en cuando con la pianista. A eso de las once, lord William se despertó, dando la señal de retirada. Subimos a Mercedith al segundo piso, acompañados por lady Marcela, que me acajó en vista de que nuestra habitación no tenía timbre, que diese en el suelo si Mercedith necesitaba algo. —Mi habitación es—me indicó debajo de ésta, y ya avisó yo a los criados, por un descomulgado, Juan, mi doncella, que durmiese de costumbre en mi cuarto tocador, está fuera, con permiso hasta mañana por la noche. Ayudé a Mercedith a acostarse, y una vez apagadas las luces, no tardé en dormirme. Cuando me desperté, hacia una noche negra y sin luna. Encendí una cerilla para ver el reloj. Eran las dos y cuarto. Iba a soplar el candelabro, cuando, al no oír la respiración de Mercedith, volví a examinar la cabeza hacia su cama. Estaba vacía. —He aquí, pensé, la explicación de esa extraña torcedura. El amigo Mercedith es un buen cómico, y lady Marcela, con sus rombos de piel de naranja que me han intrigado tanto, le señalaba sencillamente la hora del amor! Y después de esto, vaya usted a creer en la virtud de las tías carnales y en el argumento de los sobrinos: "Yo no quiero a mi tía, y ella me odia cordialmente." No habría necesidad de ir muy lejos para tener la prueba de ello, si tuviera yo, como el diablo Cojuelo, la facultad de levantar los tejados de las casas y los techos de las habitaciones. Y, sin embargo, lord William, dueño con el sueño de los justos, es natural. Aunque también lo sea que es anciano de veintidós años, necesita cesar con una mujer de veinte... Pero, de todos modos, si mi amigo diese esta noche un heredero a su tío, a éste le haría poquísima gracia. Doctor, amigo mío, todos los hombres están locos. Tú mismo divagas. ¿No estás en la cama para dormir y no para filosofar? Pues entonces, duermes sin preocuparte de las vicisitudes de la vida de otros. Pero estos hereditarios razonamientos no me trajeron el sueño, y sólo al amanecer conseguí al fin dormirme. III Me despertó un grito de llamada, al que respondí una exclamación angustiada de Mercedith, que se precipitó hacia la escalera. No bien me hallé en estado de presenciar decentemente, le seguí. —¿Qué sucede?—pregunté a una criada que encontré en el rellano del primer piso. —Lord Babington—me dijo—ha muerto o está moribundo. Palidez atrozmente, instantáneamente pensé en el cuchillo colocado sobre el plato, debajo de los dos rombos de piel de naranja. La voz de Mercedith, una voz rota, me llamaba desde la alcoba abierta. Entré. Lady Marcela, pálida y angustiada, lloraba al pie del lecho. Mercedith, con un ademán, me señaló el cadáver. Me acerqué. Como me lo reveló la primera mirada, lord William había dejado de existir. En un rápido examen intenté buscar las causas del fallecimiento. Dejando aparte dudas o preocupaciones que yo tuviera por los sucesos de aquella noche, nada significativo permitía sospechar que la muerte no fuese natural: era una rotura de aneurisma indiscutible, al parecer. La caminata, irresistible para las fuerzas del enfermo, sus abusos habituales de bebidas alcohólicas y sus excesos del día anterior podían explicar el accidente. Me estremecí. ¡Era tan buen cómico y tan gran químico Mercedith! Sentí un peso menos sobre mi corazón. Después de todo, el médico forense se las arreglaría como pudiese. Lo que yo sabía —y que en el fondo eran suposiciones y no ciencia—no tenía nada que ver allí. El colega que Mercedith había hecho llamar comprobaba las causas probables del fallecimiento, y la justicia humana quedaría satisfecha. Si había, algo más... las conjeturas de Mercedith y de Marcela eran las únicas a responder. Por otra parte, ¿había algo más? Un amorio, una cita? Conformes. Un crimen? Si lo hubiera sostenido, todo el mundo me tomaría por loco. Me dirían que había bebido demasiado champagne la noche anterior con lord William, y que si los resultados de esas libaciones hemáticas fueron menos funestos para mí que para el viejo, no era eso razón para tumbar con mis sueños más o menos discretos la quietud de la Villa Abrey. Me tragué mis dudas y no dije una palabra. IV Mercedith salió para Inglaterra inmediatamente después de celebrado el entierro de su tío. Lady Marcela se retiró a Borgoña, a casa de unos parientes lejanos y no volvió a oír hablar de éllos lo menos en un año. Por esa época supe, por una invitación banal, que Mercedith se casaba con la tía a quien odiaba, según él, y más adelante me enteré de que no había cuidado que el título de lord pasase a otras manos colaterales, porque, según la frase de ritual, el cielo bendijo varias veces su matrimonio. En diversas ocasiones, recibí de mi antiguo amigo invitaciones para que le visitase en Inverness, pero las circunstancias me retenían, contra mi gusto, en París, y lo siento, porque hubiese adorado en su intimidad a él y lady Marcela encarnaban la felicidad en el crimen o la felicidad en el amor. ¿Quién sabe? Juzgamos tan a la ligera y con tanta malignidad nosotros, los escépticos endurecidos—concluyó el doctor, quitando la ceniza de su cigarro.

Oscar WILDE

OBREROS Y PATPONOS

Efectos del "lock-out" en Madrid

PARO FORZOSO DE 100.000 OBREROS

La espantosa intransigencia.—Obras, fábricas y talleres despiden a sus operarios.—La huelga de tranvías.—Sólo circulan treinta coches.—Habrá gas y electricidad para servicios públicos y abonados.—Los despedidos en las calles.—Excitación en los mercados.—Primeros choques con la policía. En los Cuatro Caminos.—En San Ildefonso.—En la Plaza de la Cebada. Cargas y heridos.—En la Puerta del Sol.—Madrid sin tiendas, y sin quietud.

MADRID, POR LA MAÑANA

El anuncio de la huelga para hoy sembró ayer la alarma en Madrid entero.

Excitó los ánimos en términos tales, que a poco los guardias hubieron de reclamar el auxilio de numerosas fuerzas. La primera carga que dieron éstas al llegar

En la calle de Bravo Murillo comenzó el cierre de tiendas, extendiéndose a las vecinas calles. A las doce estaban cerradas las tiendas de

barriada era el de los grandes días de sucesos en las calles. EN EL MERCADO DE SAN ILDEFONSO Próximamente al mediodía produjo también en el mercado de San Ildefonso una viva alteración del orden a consecuencia, por lo visto, de una discusión entre vendedores y asentadores. Aquí parece el choque más violento que en los Cuatro Caminos, y nosotros mismos hemos sido testigos presenciales de la carga que varios guardias, con los sables desenvainados, dieron a un numeroso grupo en la Corredera. Al refugiarse en las aceras resbaló una niña, causando una herida sin importancia, pero que, por la edad y condición de la criatura, que buía de los guardias, indignó a la gente. Todas las calles afluente se llenaron de público que increpaba furiosamente a los guardias y daba mueras al "lock-out".

LO QUE DICE EL SEÑOR FERNÁNDEZ PRIDA

Cuando a mediodía recibió el Sr. Fernández Prida a los periodistas les manifestó que continuaba sus gestiones para encauzar las huelgas planteadas. Cuanto puede hacer él en persona sobre el "lock-out", la huelga de los tranviarios y de



Los guardias tranviarios reunidos hoy en el teatro de la Casa del Pueblo para tomar acuerdos.

En todas partes no se hablaba de otro asunto. —¿Nos quedaremos sin luz?—preguntaban algunos. —¿Nos cortarán el agua?—interrogaban otros.

El pánico era general, pues se temía hasta que no hubiese pan. Y amaneció el día de hoy, oscuro, lluvioso, y la gente lo primero que observó fue la disminución de coches-tranvías y que las formas de ellos iban tomadas por guardias civiles y de Seguridad.

Muchas personas no se atrevían a subir a los coches, temerosas de que rompieran los cristales del vehículo o que fuesen agredidas por los grupos. En las calles reinaba tranquilidad; pero era una calma aparente, pues durante toda la mañana no cesaron de circular grupos y grupitos que se cubrían el desarrollo de los acontecimientos.

La Puerta del Sol ofrecía un aspecto raro. Veíase mucha gente, que se miraba reciosos, como indagando si éste era de los suyos o aquél de los contrarios.

El mar de fondo era indiscutible. Los comerciantes estaban apercibidos para cerrar los cierres metálicos al primer grito que se lanzase, al alboroto más insignificante que se produjese, al menor atomo de alarma. Los guardias de Seguridad y del Municipio que por obligación concurren diariamente a la amplia plaza mostraban también mosqueados con aquella indecible actitud del público, mitad silencioso, mitad echando chispas.

Había sido aumentado el número de ellos, porque muchos tenían la consigna de defender la entrada y salida de los viajeros en los tranvías y otros debían responder al cumplimiento del servicio ordinario.

—Vamos; ha salido el sol—decía uno de los guardias a un compañero. Y éste respondía: —Sí; pero mira el nubado que viene por la calle Mayor.

Y así las cosas, entramos todos en funciones: público, guardias y periodistas, a uso de las once. Véase la continuación.

EN LOS CENTROS OFICIALES COMPLETA Y TOTAL DESORGANIZACION

En Gobernación y en la Dirección de Seguridad menducearon las conferencias entre el ministro y Torres Almunia.

Se dispusieron varios retenes en sitios estratégicos, y a cosa de las diez empezaron en Madrid el choque entre la fuerza pública y numerosos grupos de huelguistas.

EN LOS CUATRO CAMINOS

A eso de las once empezó a circular por Madrid un rumor de bastante gravedad, según el cual la colisión entre huelguistas y la fuerza pública en los Cuatro Caminos había adquirido caracteres de importancia.

Las primeras noticias comunican que el conflicto surgió a consecuencia de una disputa mantenida por varias vendedoras con diferentes guardias, y la intromisión en esta disputa de un grupo de afectos a los patronos, lo que



Los obreros obligados a parar a causa del "lock-out", rondando esta mañana en la Casa del Pueblo. (Fotografía: A.)

Informes y literatura: Montero, 51.--MADRID

